

señalados. No lo intenté siquiera en las de Shakespeare, por razón de impotencia, anticipadamente disculpada en las observaciones mismas del Señor Menéndez y Pelayo.

México, Junio 30 de 1895.



## PAISAJE

A GONZALO A. ESTEVA.

Cuando el Valle de México se deja,  
Do la ciudad, que un ánade semeja,  
En sus lagos se ve,  
Y en rápidas pendientes el camino  
Llega, cruzando la región del pino,  
De la alta mesa al pie;

Se abre de pronto el encrespado monte,  
Va nuevo llano á unirse al horizonte  
En lejano confín:  
Cual oasis que al moro finge el sueño  
Se nos ofrece súbito el risueño  
Valle de San Martín.

Son marco digno á sus extensos planes,  
Coronados de nieve los Volcanes  
Que brillan con el sol:  
Quiébrase la intrincada serranía,  
Á que la luz de veraniego día  
Presta vario arrebol.

Al blando impulso de Favonio amigo  
Finge ondulante mar el rubio trigo  
Que el grano inclina ya:  
Por él, líquida sierpe, sus raudales  
Lleva un río entre verdes carrizales  
Y en pos el alción va.

Ostentan como islotes su verdura  
En la amarilla plácida llanura  
Los árboles sin fin:  
El sol á trechos, con su rayo baña  
Cúpulas, torres, fuentes, la cabaña,  
Los bueyes y el mastín.

En rudo canto su amoroso ruego  
Murmura en las campiñas el labriego  
Apañando la hoz;  
Y armonioso rumor forman mezclados  
El río, el viento, el eco —en los collados—  
De aquesa humana voz.

Mas, bajo el pabellón de oro y zafiro,  
Al extremo oriental ¿qué es lo que miro,  
Que absorta el alma está?  
Perfil distinto, más azul que el cielo,  
De alta montaña en mi nativo suelo,  
De otras cien más allá.

¡No es ilusión! ¡El Cofre! Su cuadrada  
Roca inmensa en el éter destacada,  
Miro una y otra vez:  
La tempestad en ella forja el rayo;  
Manto de nieve en el ardiente Mayo  
Cubre su desnudez.

Pueblan su base lóbregos pinares  
En que rebrama el norte cual los mares  
En recio temporal:  
Con ronco estruendo y grave pesadumbre  
Desprenderse y rodar desde la cumbre  
Suele el alud fatal.

Acaso de su cráter, ya cegado,  
El fuego hasta el Atlántico espantado  
En ríos descendió.

El estrago enarrar quiso la historia,  
Y hasta la playa el rastro halla en la escoria,  
Pero su fecha nó.

¡No es ilusión! ¡El Cofre! De esmeralda  
En su más dilatada y rica falda,  
La que al Oriente ve,  
De palomas tropel, cesto de flores,  
Mi cuna, la ciudad de mis amores,  
Jalapa está, lo sé.

Patria adoptiva es tuya. En sus collados,  
De oliente liquidámbar sombreados,  
Hallaste inspiración:  
Entre los dulces cantos de sus aves,  
Recogieron los céfiros suaves  
De tu laúd el són.

¿No has sentido también cómo palpita  
El pecho al contemplar esa bendita  
Montaña en el confín,  
Donde resplandecientes los Volcanes  
Dan marco digno á los risueños planes  
En torno á San Martín?

¿Te imaginas, cual yo, del otro lado  
El techo del hogar abandonado,  
Y en pie, bajo el dintel,  
Al padre que con puro regocijo  
El regreso esperando está del hijo,  
Siempre pensando en él?

¡Dulce ilusión! ¡Magnífico paisaje!  
No le borra en mi mente el oleaje  
Del iracundo mar  
En que boga la barca de mi vida.  
¡Si, al menos, á esa playa tan querida  
Fuera el leño á encallar!

Prisión de la Enseñanza, Septiembre de 1867.

LUIS G. OSSOLLO.



Tendido está el Guerrero  
En lecho funerario,  
Y en su desnudo acero  
Brilla el reflejo vario  
De hacha de cera cándida,  
De su ataúd al pie.

Sólo en el pecho muestra  
Una crispada mano;  
Porque perdió la diestra  
En el sangriento llano,  
Sostén del voto público,  
Soldado de la Fe.

Nunca en sus gratos días  
Le saludó mi acento:  
Sus glorias fueron mías,  
Suyo mi pensamiento:  
Estremecióme el júbilo  
Al verle vencedor:

Y hora á su yerta frente,  
Que el fuego del combate  
Ya no ilumina ardiente,  
Un lauro ciñe el vate  
Y riégale con lágrimas  
Que le arrancó el dolor.

No así le viera cuando,  
Á la cabeza puesto  
Del valeroso bando,  
Ante la muerte enhiesto

Vibró el acero fúlgido  
Con noble intrepidez.

Su ronca voz sonaba  
Entre el tambor y el trueno  
Del bronce que estallaba,  
Y su ademán sereno  
Dió á los soldados ánimo  
Y ejemplo dió á la vez.

Al ver el brillo intenso  
De su mirada dura,  
Su pecho alzado, extenso,  
De roble su estructura,  
Sus movimientos de águila,  
Sus garras de león;

Nadie pensar pudiera  
Que en él un alma había  
De rectitud severa,  
Mas entusiasta y pía;  
Que unió al valor indómito  
De niño el corazón.

Tendido está, y en vano  
Suena el clarín agudo,  
Y se encabrita ufano  
Listo el corcel nervudo,  
Y el humo de la pólvora  
Llega á su misma faz.

No inspira ya su gloria  
Á sus contrarios miedo:  
Después de la victoria,  
Segundo Godofredo,  
Bajo la Cruz al último  
Sueño se entrega en paz.

Junio de 1858.

## DEDICATORIAS

### I

Á IPANDRO ACAICO.

Este libro te doy. Reprima el gesto  
Lógico espanto, pues te lleva indulto:  
Coplas añejas ya forman su bulto,  
Y no estás hoy á su lectura expuesto.

Á mi vez quedo yo, pensando en esto,  
Tranquilo; que ni escándalo ni insulto  
Se expone á ser de tu criterio culto,  
De mis legumbres rústicas el cesto.

Sabes que á tibio afecto no me ciño,  
Y que su admiración profunda y ciega  
Mi alma consagra, al par que su cariño,

Á quien del Arte excelso alfa y omega  
Aprendió á balbucir, cuando era niño,  
En el regazo de la Musa Griega.

---

### II

Á CASIMIRO DEL COLLADO.

Ante mí que habité playa desierta  
Siendo niño, sus flámulas trémola

Tu nave audaz: tu artística aureola  
Fuego y amor al Arte en mí despierta.

De mi alma fecundó la estéril huerta  
De tu apolínea música la ola  
Cuando pasó volando "El ave sola"  
Y el perfume aspiré de "La flor muerta."

Guarda mi escaso dón; y eterna suene  
La lira tuya, ora en fragante idilio,  
Ora en épica nota eco del Lacio,

Bardo feliz, que á inspiración perene,  
Uniste el dulce acento de Virgilio  
Y la elegancia en el decir, de Horacio.

1889.

## FÁBULAS ESÓPICAS DE FEDRO



### I

#### PRÓLOGO.

Lo que ha inventado Esopo, en estos versos  
Yo desenvuelvo y pulo. Dos diversos  
Fines consigo lleva;  
Que, bien que por un lado á risa mueva,  
Consejos que la fábula han tejido  
Enseñan á vivir como es debido.  
Si alguien nos acusare  
De que no solamente  
Las bestias han de hablar ¡caso frecuente!  
Sino también los árboles, repare  
Que en ello impropiedad grave no asoma  
Cuando es nuestro designio hablar de broma.

### II

#### EL LOBO Y EL CORDERO.

Para matar la sed, á un mismo arroyo  
Lobo y Cordero llegan. El primero  
Corriente arriba se detiene: en hoyo  
Que hace el agua al bajar bebe el Cordero.

De su instinto carnívoro aguijado,  
Para reñir, pretexto el Lobo inventa.  
—“¿Por qué el agua me enturbias?” Asustado  
El otro le responde: —“Toma en cuenta  
Lo falto de razón de lo que fraguas:  
De donde estás, á mí vienen las aguas.”  
Con tan rudo argumento  
El Lobo dado al traste,  
Busca nuevos caminos á su intento.  
—“Seis meses hace ya que me injuriaste.”  
—“No los tengo, por cierto, de nacido.”  
—“Entonces ¡vive Dios! tu padre ha sido.”  
Y así diciendo, al infeliz Cordero  
El Lobo arrebató: rajóle el cuero.

Tal es el proceder, tal es el crimen  
De los que con fingido  
Pretexto absurdo al inocente oprimen.

### III

#### EL GRAJO Y EL PAVO REAL.

Para que á nadie plazca  
Vestirse de lo ajeno, antes se ajuste  
Á su sér natural y propio fuste,  
Sin aliño ni tropo  
Este sencillo ejemplo narra Esopo:

Con las caídas plumas  
Del Pavo real se adorna un Grajo necio,  
Y de su orgullo alzado en las espumas  
Mira á los de su raza con desprecio;  
Y á corral colindante  
Yendo con desparpajo,

De pavones en cerco rutilante  
Cual uno de la grey se cuele el Grajo.  
Y mal año le avino,  
Que, si de pronto dudán,  
Al fin á picotazos le desnudan  
Haciéndole volver por donde vino.  
Triste y maltrecho entre los suyos torna,  
Que no ocultan la risa  
Viendo, cual si dijerais, en camisa  
Al que su condición muda y exorna.  
Y como si con ello no bastara,  
Del corro aquel se le adelanta alguno  
Con ínfulas, acaso, de tribuno,  
Y su orgullo y derrota le echa en cara.

¡Ridículo trabajo  
Aspirar á pavón siendo uno Grajo!

IV

EL PERRO CODICIOSO.

Pierde su propio haber, y con justicia,  
Quien el haber de los demás codicia.

Á nado el Perro atravesaba un río,  
Con su ración de carne entre los dientes,  
Y en el raudal que le refleja y copia  
Viendo su imagen propia  
Con presa y todo, juzga en su embeleso  
Que presa y perro son de carne y hueso:  
Y cediendo á sus ansias importunas  
De despojar al prójimo canino,  
Larga el tocino y quédase en ayunas.

V

EL LEON DE SOCIO.

Dándome la razón en lo que os digo,  
Esta fábula advierte  
Que ha sido, es y será muy peligrosa  
Siempre la sociedad con el más fuerte.

Á ganancias y pérdidas la suya  
Forman con el León en selva umbría  
Vaca sesuda, cabra saltadora  
Y la cándida oveja  
Hecha á sufrir sin queja.  
Un ciervo fué la presa de aquel día;  
Y en cuatro partes dividido, siendo  
Cuatro los socios, el León exclama,  
Ya los ojos en llama,  
Dura la voz y el ademán tremendo:  
“Por llamarme León tomo esta parte  
Que me correspondió con ser primera  
Como á señor y rey. Esta segunda  
(Prosigue, y más airado, enarca el lomo)  
Asgo con el derecho del más fuerte.  
Siendo quien vale más, cual bien se advierte,  
La tercera me tomo:  
Y si, con arrogancia ó disimulo,  
Alguien toca á la cuarta, le estrangulo.”

VI

LAS RANAS Y EL SOL.

Viendo Esopo las bodas  
Solemnes de un ladrón vecino suyo,  
Esto empieza á contar: “Ó por decoro,  
Ó por hastío, en busca de consuelo,

Quiso casarse el Sol, y de las Ranas  
El asordante coro  
Puso el grito en el cielo.  
Júpiter que le oyó, las cejas junta  
Y el por qué del escándalo pregunta.  
Sin que vergüenza ni temor la atranque,  
Responde la más viva del estanque,  
Saliendo de fangoso recoveco  
Y los saltones ojos  
En el Tonante fijos:  
“Si cuando el Sol es uno  
Seca los charcos y nos mata en seco,  
Qué nos aguarda si le vienen hijos?”

VII

EL ASNO Y EL LEÓN, DE CAZA.

Si el baladrón á los extraños puede  
Golpe dar, es muy raro  
Que triunfe ó en ridículo no quede  
Con los que su valor han puesto en claro.

Quiso el León cazar en compañía  
Del Asno. ¡Vaya un gusto!  
De espesa ramazón cubrióle un día,  
Y le advirtió que rebuznar debía,  
Porque los animales con el susto  
Fueran, perdido el tino,  
Por más corto camino  
Á entregarse al León como era justo.  
¿Quién negará el vigor, ni quién la pompa  
De la elocuencia asnal? Como retumba  
Con más fragor que la broncínea trompa,  
Se dan las bestias á correr sin zumba  
Del épico rebuzno renegando,  
Y el regio cazador se puso pando.

Mas he aquí que, engreído,  
Como improvisador de humilde estofa,  
No el Asno maldecido  
Punto final poner quiere á su estrofa,  
Y la repite con variantes, hasta  
Que irritado el León grítale: “¡Basta!”

Ofendido y ansiando  
El orejón que, al menos, se confiese  
El valor de su ayuda,  
En preguntar no duda:  
“¿Qué de mi voz opinas, compañero?”  
Y en tono entre sarcástico y severo  
El León respondía:  
“Tal es de temerosa,  
Que á no saber que es de asno, yo, á fe mía,  
Cual los demás lo hicieron, puesto habría  
En oyéndola, pies en polvorosa.”

## MURGA POÉTICA.



Ni la Grecia inmortal, cuna de Homero,  
Ni Roma altiva, inspiración de Horacio,  
Cuando llevaba triunfador su acero  
De las artes el gusto verdadero  
Del ancho mundo al conocido espacio,  
Vieron iluminando sus penates  
Vasta pléyade tal de insignes vates  
Cual la que ilustra al Anahuác sencillo.  
Fuertes con ser de vista, á los varones  
Dejara, á mi entender, de esas naciones  
Ciegos como la noche aqieste brillo.

¿Será verdad que con lisonjas vanas  
Aquí nos arrullamos mutuamente?

Canto en octava rima,  
Que el estertor imita de las ranas,  
El lunar de mi prima,  
Y exclaman los demás bardos en coro:  
“¡Pensamiento sublime! ¡Pico de oro!”  
Canta luego Figueras, no de balde,  
Al honrado vecino electo alcalde,  
Y entusiasta le digo:  
“El verdadero numen es contigo.”  
Y los dos declaramos,  
De Juan oyendo en verso unos reclamos,  
Broncos cual sinfonía de cencerros,  
Y que acompañan de su Lesbia ingrata  
Con triste aullar los perros:  
“Por lo dulce tu cántiga nos mata,

Y el pecho de Isabel de parte á parte  
Ha traspasado ya. ¡Triunfos del arte!”  
Y en noble compañía  
Prorrumpimos los tres, huecos y orondos:  
“Del porvenir en los abismos hondos,  
Miserables enanos,  
No columbraron griegos ni romanos  
Lo que es inspiración y poesía!”

Entretanto, la gente,  
Oyéndonos decir continuamente  
Que somos ilustrísimos cantores,  
Honra del siglo y de las luces foco,  
Se sonrío pensando: “Pues no es poco  
Lo que habrán estudiado estos Señores!”

1852.

